cia tenía como armazón un plan discreto para cuya eficacia sólo se requería unos minutos de valor. Sencillamente se trataba de un viaje á Cartago, á donde ella iría por la exigente solicitud de una amiga suya á quien obligaría á interponer todos sus buenos oficios, que no serían nunca los de una cómplice. A buen seguro que ni los vecinos sospecharían nada. El viaje tuvo lugar en la fecha propuesta, saliendo en el tren que iba para Limón á las nueve y veinte de la mañana, aunque, según el itinerario trazado por Elena y yo, debíamos pasar la noche en Tres Ríos.

Ocurrió que hice el viaje con muy poco dinero, y me ví precisado en llegando á Tres Ríos á ir á solicitarlo de un abogado que me conocía de antaño. Dejé à Elena instalada en el cuartito de un restaurant, y á mi regreso, que no fué sino á las diez de la noche, Elena dormía profundamente. Yo me acosté en el mismo lecho de ella; de allí salí maltratado de palabras por el ujier de la hostería, y hasta después me enteraba de todo: estuve acostado por equivocación en el aposento en donde habían dejado una niña mayor varias familias que pasando por Tres Ríos se vieron obligadas á detenerse por el desperfecto de un automóvil. De manera que, hasta después de una explicación que no le satisfizo, logré llevar á Elena á otro restaurant.

Al día siguiente, ya en San José, recibí una cartera, mi cartera, seguramente perdida en la hostería, con unas pocas líneas que decían: «Remitida por la señora Rosario Vilar».

El tiempo avanzó rápido; con un correr de tren, pasaron las aventuras unanochescas, y, formalmente pensé en casarme. El propio día de mi boda, en el salón amplio y amueblado con lujo de hotel, colgaban de la pared la serie de retratos de la familia de mi novia. Uno que ocupaba lugar principal supe que era el de la fundadora de aquel hogar, fallecida á los treinta años. Fué hasta entonces que conocí el término de la aventura que al principio me había parecido vulgar.

Aquí tienen ustedes, dijo, tomando de la mano á su esposa. Esta que hoy es mi esposa, es la misma muchacha á quien encontré dormida en Tres Ríos, al final de mi aventura amorosa en el cuartito de un restaurant.

Flores y muchos aplausos le fueron tributados al narrador y héroe, y, mientras la sana alegría regaba su carmín en todos los rostros, junto á la vieja lancha—ya volcada—que parecía un ataúd vacío, el anciano remero de barba blanca y de semblante surcado de arrugas, lloraba secretamente al oir por la centésima vez la historia de su hija única, Elena, á quien en no remota fecha encontró muerta de tisis en el cuarto de un hospital, y la cual sólo le había testado un chiquillo anónimo, juguetón y travieso, seguramente hijo de aquel señor alto y blanco, vestido de largo sobretodo, que, con las piernas cruzadas, fumaba tranquilamente junto al malecón del estero.

LEONARDO MONTALBÁN*

* Buen escritor de Nicaragua, proscrito hoy de su tierra en esta tierra.

PENSAMIENTO

Desde que el mundo es mundo, sólo gobierna la fuerza á causa de la ignorancia; la lucha entre el derecho oprimido y la violencia no ha cesado jamás. La opresión, victoriosa y dominante, se manifiesta á través de las edades por la ley, expresión de la voluntad del más fuerte. La sociedad se ha constituído sobre el principio de la propiedad, ó por mejor decir, sobre la servidumbre del trabajo. La mayoría trabaja y ha de trabajar para la minoría. Tal es en resumen la fórmula de todos los organismos sociales, desde el origen de la humanidad. Sobre esta apropiación secular se funda la legitimidad de la opresión. Pero el argumento es falso, sólo le legitima la ignorancia. À medida que la luz avanza, el argumento se debilita, y cuando la luz sea plena, habrá desaparecido.

BLANQUI